

«Ganar con el cuerpo»

Experiencia e identidad en el comercio sexual
en Santiago de Chile (1896 a 1940)

Ana Carolina Gálvez Comandini



Índice

Prólogo de Fundación Margen | 13

Trabajo sexual es trabajo | 13

Prólogo de Julio Pinto | 17

Introducción | 21

Interrogantes históricas y el silencio de los subalternos | 21

PRIMERA PARTE

Prostitutas y prostitución:

conceptos, temporalidades y contextos | 31

Capítulo 1

Construcción de la identidad prostibularia | 33

1.1. Prostitutas y prostitución: reflexiones sobre su historización | 33

1.2. La identidad prostibularia: identidades normativas
y estereotipos estigmatizantes | 53

Capítulo 2

Putas y santas. Construcciones sobre prostitución y prostitutas | 107

2.1. La construcción binaria de la identidad femenina.
Las fronteras entre putas y santas | 107

Capítulo 3:

Autonomías y resistencias: la construcción de un «nosotras» | 171

3.1. La identidad colectiva como trinchera de las mujeres públicas | 171

SEGUNDA PARTE

La experiencia de ser prostituta en Chile | 191

Capítulo 4

Cómo se llega a ser una prostituta | 193

- 4.1. La experiencia femenina de los sectores populares en la ciudad.
La vida antes de ser prostituta | 193
- 4.2. Cómo se llega a ser una prostituta. Las prácticas,
las motivaciones y los caminos | 216

Capítulo 5

La vida en el oficio de prostituta | 243

- 5.1. La vida en el burdel | 243

Capítulo 6

Redes, conflictos y solidaridades en la mala vida | 281

- 6.1. Las redes, relaciones de poder y subordinación en el prostíbulo | 281
- 6.2. «Gentes de mal vivir»: conflictos, disputas y violencias cotidianas
en la prostitución | 330

Capítulo 7

Formas de organización, redes de apoyo y solidaridades en la mala vida | 355

Conclusiones | 377

Referencias | 389

Prólogo de Fundación Margen

Trabajo sexual es trabajo

Leer este texto es leer nuestra historia. A pesar de la distancia del tiempo, estos relatos de compañeras de hace más de un siglo nos remecen tanto a nivel personal como a nivel colectivo, en tanto movimiento de trabajadoras sexuales con memoria política. Una memoria de lucha sostenida en el tiempo.

Lucha proseguida desde nuestras propias vivencias y como colectivo, donde las trabajadoras sexuales tenemos voz propia, capacidad de decisión y un proyecto de vida en pos de nuestra autonomía. Somos y fuimos proveedoras, jefas de hogar, migrantes y chilenas, dedicadas a un rubro laboral que está lejos de ser una realidad marginal.

Las trabajadoras sexuales dinamizamos economías y formamos parte del mundo laboral, pues somos miles las mujeres que dedicamos nuestra vida a esta labor –tanto en el pasado como en el presente– y nuestros aportes en este aspecto carecen de validación porque no contamos con una regulación que reconozca los aportes e ingresos que percibimos, queriendo hacer la vista gorda sobre nuestra existencia ineludible. De ahí que sea una toma de posición plantear algo tan obvio como que lo que hacemos al prestar servicios sexoafectivos es un trabajo y que no podamos hablar aún de ‘comercio sexual’, ya que, en la práctica y desde las normativas, este espacio no existe en cuanto a tal.

Este libro da cuenta que nuestro trabajo es un oficio que mantiene códigos similares a lo largo de los años, pues vemos cómo coinciden no solo las lógicas de trabajo, sino que también los territorios donde habitamos, así como la violencia policial e institucional que opera contra nuestro trabajo.

Pese a nuestra declarada autonomía en la decisión de dedicarnos al trabajo sexual –dado que somos muchas las que arribamos aquí luego de desempeñar otros trabajos, hartas de los abusos y la extrema explotación–, la tendencia es a hablar por nosotras buscando explicar las razones y motivaciones que nos trajeron hasta

aquí. Por ello resulta tan importante lo que muestra esta investigación, ya que, tanto antes como ahora, optamos por el trabajo sexual como una opción laboral.

Actualmente vemos cómo el trabajo sexual ha evolucionado, siendo cada vez más autónomo y diverso, incluyéndose otras formas modernas y tecnológicas del trabajo sexual. Cambios y mutaciones a raíz de los cambios de normativas, la mayor o menor represión, pero que mantienen en su núcleo las mismas prácticas y diversas formas de organización entre trabajadoras sexuales para la mejora de nuestras condiciones laborales, así como la solidaridad entre compañeras para enfrentar las dificultades de un trabajo incierto, dada su invisibilidad.

Y es que, tal como narran algunos pasajes de este libro, nuestra mayor dificultad es y ha sido la clandestinidad. Pues esta condición de desregulación nos mantiene a merced de intermediarios, pero, sobre todo, de la represión policial y la opresión del Estado. Es por eso que nuestras voces reclaman la importancia de la regulación y del debate sobre políticas públicas en torno al trabajo sexual con nosotras de interlocutoras, con nosotras en primera persona abogando por nuestros derechos.

El peso de la lectura histórica de nuestras vivencias no sólo da consistencia a nuestra lucha, sino que avala los posicionamientos políticos, donde proponemos acciones que mejorarían nuestra calidad de vida en tanto trabajadoras con derechos como cualquier otra. Vemos, en la historia y en el presente, cómo el cambio de medidas sin una clara visión de nuestro trabajo, que se aplican sin nosotras, nos mantienen en un constante ir y venir entre tolerancia y prohibición, que en ningún caso, asumen la legitimidad de lo que hacemos.

Para el Estado y la élite somos una realidad incómoda, una problemática a solucionar, sin concedernos la dignidad propia que merece la clase trabajadora a la cual pertenecemos. Por lo mismo, fuimos y somos sometidas a castigos correctivos que vulneran nuestros derechos humanos; anclados en la persistencia de mitos y estigmas sobre nuestro trabajo, que pasan a convertirse en el costo social que debemos pagar por dedicarnos a una labor que la moral conservadora se niega a aceptar.

En estas páginas vemos desactivarse, desde sus raíces más profundas, muchos de estos mitos aún vigentes sobre el trabajo sexual, como que su origen está en la trata de personas con fines de explotación sexual o que vivimos en una situación de dependencia pasiva frente a intermediarios que nos obligan, como si no hubiera otra posibilidad. La única verdad que se asoma aquí es que la posibilidad de que existan estas mediaciones está en estrecha relación con el ocultamiento que debemos vivir, que termina por multiplicar el número de actores que se

benefician, que 'ganan' a costa nuestra, siendo otro precio que debemos pagar para desarrollarnos en nuestro trabajo.

Es inevitable activar una memoria histórica que condensa tantas experiencias vividas por nosotras mismas o que hemos escuchado a lo largo de nuestro trabajo como organización, donde lo narrado aquí nos muestra una conexión pasado-presente muy palpable. Algo que no nos sorprende del todo, pues lo intuíamos y lo planteamos por años, y es que las formas de trabajo sexual, los silencios, la violencia institucional, no son solo cosas de hoy, sino que son de larga data. Así como la similitud de trayectorias, donde vemos a mujeres empoderadas hacia fines del siglo XIX y principios del XX que se desplazaban desde el interior del campo a la ciudad en busca de una opción laboral, al igual a los tránsitos de hoy de nuestras compañeras migrantes; así como ayer, los traslados persiguen un mismo motivo, ganar dinero para sacar adelante la vida, la de hijos e hijas, la de familias extendidas.

Poner sobre la mesa nuestra historia es un gesto político urgente y necesario, no solo debido a que nuestras condiciones laborales merecen mejorar, sino porque se plasma que el estigma y la discriminación permanecen casi intactos por décadas. No hacer frente a esta realidad es ser abolicionistas del trabajo sexual por omisión. De ahí que nos preocupa enormemente y nos inquieta la permanencia del silencio, pues este se manifiesta en nuestra total invisibilización, no solo en la historia, sino que en cuanto sujetas con autonomía y derechos. Vemos esta actitud repetida demasiadas veces, donde muestras de aparente apoyo irrestricto se diluyen al tener que apoyar nuestras demandas públicamente o al momento de sacarnos del lugar de víctimas. Existe recelo a escucharnos plenamente, así como deseo de hablar por nosotras.

La lucha que hemos sostenido las trabajadoras sexuales por nuestros derechos no se restringe solamente a una acción gremial, pues cada vez que alzamos la voz somos cómplices y aliadas de las luchas de otras mujeres. Nuestra lucha es contra la discriminación y el estigma a toda forma de exclusión sexual, laboral y social. Y es que las trabajadoras somos abusadas y violentadas en nuestra sexualidad tanto como lo es cualquier otra mujer en un sistema patriarcal.

Hoy en día, vemos con grandes anhelos el hecho de que seamos cada vez más las trabajadoras sexuales dispuestas a asumir su trabajo públicamente. Hoy estamos más preparadas que antes y estamos dispuestas a dar la batalla por la despenalización social del trabajo sexual. Hoy contamos con más educación, más formación, somos conscientes de nuestros derechos y tenemos consciencia de clase. De ahí que el